

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.

DIARIO DE LA NOCHE.

NÚMERO 7891.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. Lorette, rue Caumartin, 61.—John F. Jones 3, bis, rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

Número suelto 15 céntos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MEDIERAS 4

MIÉRCOLES 7 DE MARZO DE 1886.

LA TISIS

El Dr. Hector George, profesor del Instituto Agronómico de París, acaba de publicar en la importante revista hebdomadaria «El Ingeniero Civil», un interesante trabajo encaminado á probar el contagio de la terrible dolencia conocida en la patología con el nombre que de epigrafe sirve á nuestro artículo.

No hemos podido resistir al deseo de darle á conocer á nuestros lectores, por entrañar su conocimiento verdadera utilidad, ya que por desgracia son aquí sus efectos mortales harto comunes.

Afirma el citado Dr. Sr. George, que la tisis pulmonar es la enfermedad que más víctimas ocasiona, calculándolo en el sexto de la mortandad general.

La tisis ha sido estudiada anatómicamente al comienzo del presente siglo por el médico francés Laënnec, el primero que notó la presencia de los *tubérculos*, especie de granulación blanqueza y del tamaño de un grano de mijo con apariencias purulentas, habiendo calificado en dos periodos la manifestación, de dichas granulaciones.

Después de este descubrimiento se ha generalizado la palabra tuberculosis por ser más genérica que la palabra tisis, tanto más cuanto que con esta última se ha querido siempre precisar la tuberculosis pulmonar.

La materia tubérculos se deposita fácilmente en todos los organismos, tanto en los de los racionales como en los de los irracionales.

Las causas se han desconocido durante mucho tiempo, y más tarde creyóse originada en la transmisión hereditaria y en las materias perniciosas aspiradas en ciertas profesiones industriales; pero desde hace veinte años una revolución se ha operado merced á los experimentos hechos también por otro médico francés, el Dr. Villemain, profesor de la Escuela militar de Val de Gracia, quien inoculó la materia tuberculosa tomada de los pulmones de un individuo muerto de la tisis, bajo la piel de un conejo, el que á poco fué atacado de igual enfermedad.

Este resultado, que se comunicó en 1856 á la Academia de Medicina de París, fué por muchos negado, pero otros sabios siguieron la senda emprendida por Villemain.

Mr. Toussaint, catedrático de la Escuela de Veterinaria de Tolosa, á su vez verificó numerosas experiencias, con positivos efectos, en el cerdo, ani-

mal muy refractario á la tuberculosis.

Fuera de Francia se ha trabajado también en comprobación del descubrimiento de Villemain. En Grecia, los Señores Demet. Paraskera y Tallomos ensayaron la inoculación en el hombre, aprovechando el grave estado de un pobre diablo que no se dejaba operar una gangrena mortal. Se le suministró varias salivaciones de un tísico, por las vías digestivas, y treinta y ocho días después, al fallecer se le hallaron gran número de tubérculos en sus dos pulmones.

Con esta experiencia quedó probado el contagio por las citadas vías digestivas, confirmando aún más el ensayo de Mr. Chauveau quien hizo la autopsia á un niño de 5 años muerto de la tisis, por haber sido alimentado con leche de una vaca tuberculosa.

El último paso dado en la confirmación del contagio, se debe á Mr. Koch, descubridor del microbio colérico, quien á su vez ha evidenciado en el tubérculo un *bacillo* de una longitud de dos milésimas de milímetro, por una anchura de media milésima.

Estos bacillos encuentranse en los pulmones atacados en cantidades considerables, así como también en las salivaciones del enfermo. Es pues indiscutible ya el contagio de tan terrible dolencia, pero aun no ha llegado á precisarse el grado exacto de esta contagiosidad y las condiciones más favorables á su manifestación.

En el estado actual de la ciencia, se admite que el agente más activo de trasmisión son las salivaciones de los tubérculos, pero no deben olvidarse otras pruebas verificadas, por las que se aconseja evitar el empleo de la leche y carnes crudas.

Para el segundo caso conviene abstenerse de ciertos alimentos, animales sin la cocción conveniente, y para el primero, el consejo de higiene pública y salubridad del Sena en el pasado año ha dado las instrucciones que siguen y las que, obedientes á la indicación del citado Dr. Mr. George, recomendamos á nuestros abonados.

«Las salivaciones de los tísicos, deben de recogerse siempre en escupidoras que contengan serrín, vaciándose éste una vez por día en el hogar, donde se quemará y lavándose con agua caliente la vasija.»

«En caso de ocupar una habitación que estuvo destinada á un tuberculoso, se desinfectará antes, cerrando todas sus puertas y huecos y quemando en ella sobre una capa de arena veinte gramos de flor de azufre por cada metro cúbico de capacidad de la estancia. Asimismo, las ropas de las camas y éstas, se desinfectarán con cincuenta gramos de cloruro de zinc y cobre disuelto en un litro de agua, pero las prendas de ves-

tir no deben ser usadas sin pasarlas antes por la legía, aunque más cuerdo es quemarlas.»

Esta práctica tan sencilla, es indudable que sino del todo evitaría en muchos casos la propagación de una enfermedad que sólo ve su término en la muerte más horrible y triste que la humanidad puede sufrir.

A. J. DE G.

Variedades.

Defemérides militares

MARZO 7.

1500.—Toma de Lanjarón, pueblo situado en una de las alturas más inaccesibles de la Sierra de las Alpujarras. El rey D. Fernando, al frente de su ejército, asalta denodadamente los muros de la plaza y obliga á los sitiados á rendirse.

1719.—Sale de Cádiz una escuadra española, destinada á restablecer en el trono de Inglaterra á Jacobo III, pero un temporal la destrozó.

1793.—La república francesa declara la guerra á España.

1873.—Á las tres de la tarde el pueblo de Málaga armado, invade los cuarteles y puestos militares, apoderándose del utensilio armamento, vestuario, municiones, etc.; se licencia á los soldados que componían la guarnición, los cuales marchaban por las calles con mochilas y mantas, pidiendo dinero de puerta en puerta, para irse á sus tierras. Queda por garantía de todo, el pueblo armado, pero sin organización. Las autoridades de Marina se embarcaron en el vapor de guerra *Alerta*, que se encontraba en dicho puerto. (República.)

J. CEBRIÁN.

EL PAPEL

La necesidad de fijar sus pensamientos en algo más consistente y duradero que la palabra hablada se ha hecho sentir en el hombre aun dentro de la más rudimentaria civilización. Los medios que para ello ha escogido han sido muy varios, puesto que según todo el mundo sabe, mientras los pueblos del Asia Central buscan las láminas de piedra fáciles de rayar, como las pizarras, los de la Mesopotamia, faltos de piedra, escribían en cubos de barro cocido, utilizando sus seis caras, como las seis planas de un cuaderno de tres hojas; y allá en América, al ser descubierta por nuestros navegantes y guerreros, se vió que en regiones como Méjico, se conservaba y se transmitía un pensamiento enunciado por medio de ingenioso sistema de nudos y lazos, por unos cordones á propósito.

Pero la necesidad de algo más manejable que la piedra y el ladrillo debió

de hacerse sentir, no bien aumentaron las relaciones que toda civilización trae consigo, y entonces, los pueblos que á la sazón marchaban á la cabeza de la misma inventaron otra materia más á propósito para la escritura. Los egipcios utilizaron á tal objeto el *papyrus*, planta de la familia de las gramíneas, la cual crece con profusión á orillas de las lagunas del Egipto. Con los tallos fibrosos y resistentes de esta planta prepararon los egipcios las primeras hojas para producir en caracteres determinados las ideas.

El papiro más hermoso denominóse *papyrus hieraticus*; de él se servían los sacerdotes para los escritos religiosos, y por temor de que se empleasen en objetos profanos, las leyes dieron la propiedad exclusiva de él á los sacerdotes, los cuales prohibieron sacarlo del país. Escribíase sobre este papiro con una caña fina, cortada al modo con que después se cortaban las plumas de ave, y con una tinta compuesta de negro y humo.

Cayó el Egipto bajo la dominación romana, y entonces la prohibición de exportar el papiro quedó alzada, y en Roma, donde antes se escribía en pergamino, hicieron un gran consumo de papiro, que empleaban, así en sus libros como en sus cartas y documentos.

Hasta nueve clases de él se distinguían en Roma, siendo el mejor y más ancho, el llamado *Augusto*, del nombre del Emperador; después venía en calidad el *papyrus Livio*, del nombre de la mujer de Augusto, y en tercer lugar *papyrus hieraticus*, del cual hemos hablado ya.

De la palabra latina *papyrus*, viene la nuestra, papel. Mas el papel, como pasta hecha de adecuadas sustancias vegetales, viene de Oriente. Los chinos y los japoneses fueron los inventores de esa pasta capaz de formar láminas delgadas y flexibles donde la tinta quedase sin borrarse ni extenderse. Parece que lo primero que utilizaron para ello fué la caña del bambú; después los chinos utilizaron la seda; los japoneses el algodón, el cáñamo y la corteza de la morera.

Al extender su conquista desde la India hasta la España, los árabes allá en Oriente conocieron ese papel y la manera de fabricarlo y lo introdujeron en el Occidente.

En el siglo XI se establecieron en España las primeras manufacturas de papel. Hay noticia de las que existían en Ceuta y en Játiva. El papel se fabricaba con algodón crudo; no se conocían para el caso los molinos de agua, el papel resultaba muy imperfecto.

Hacia fines del siglo XIII se introdujo lino como materia para esta fabricación, y el papel resultó muy superior. De esta clase de papel se conserva en París una carta dirigida por el historiador Joinville al rey de Francia, Luis X.

El buen resultado del lino hizo pensar